



## Comentario bibliográfico

**Brenda Rugar, *Los «chinos». La conformación del maoísmo en Argentina (1965-1974)* (Buenos Aires: CEHTI, 2023).**

**Jaime Ortega**

*Universidad Autónoma Metropolitana - Unidad Xochimilco*

*jortega@correo.xoc.uam.mx*

*Fecha de recepción: 05/01/2024*

*Fecha de aprobación: 16/04/2024*

**E**n los últimos años, la historiadora Brenda Rugar se ha convertido en una referencia obligada al momento de visitar las múltiples experiencias maoístas latinoamericanas, en particular las argentinas. El conjunto de su trabajo ha configurado un panorama e interpretación de una amalgama de experiencias prácticas y teóricas que han comenzado a revitalizar la presencia de una corriente política asociada a la revolución china de 1949 y sus sucesivos momentos de modernización. Su libro *Los «chinos». La conformación del maoísmo en Argentina* abre una perspectiva hasta ahora no suficientemente explorada en la dimensión concreta del país sureño.

Es importante señalar que su obra hace parte de un registro en expansión. El denominado maoísmo, en tanto fenómeno político global, ha ganado atención en los últimos años por parte de

estudiosos de las izquierdas y por quienes buscan tejer los vínculos contemporáneos entre China y los diversos países de América Latina. Movimiento, este último, entendible, dada la mayor presencia de la nación asiática en las economías latinoamericanas. Si bien su estudio ha sido persistente desde la década de 1960, bajo el auspicio de la creciente presencia de China en los debates mundiales, solo en tiempos recientes se ha moldeado con plenitud el estudio de sus señas de identidad. Estas responden a un efecto internacional, vinculado a la revolución asiática y su liderazgo encarnado en Mao Tse-Tung, pero también a las dinámicas y ritmos de lo nacional. No estamos lejos de comenzar a hablar en plural de los maoísmos latinoamericanos, pues los casos específicos muestran que su ejercicio de traducción pasó por coordenadas pre-existentes.

Así, en menos de un lustro, se ha conformado una comunidad de estudiosas y estudiosos que, bajo diversos enfoques y perspectivas, han engrosado la bibliografía sobre el maoísmo, un concepto paraguas que remite a numerosas experiencias en la región. Una vez despejado cierto monopolio del maoísmo en su versión más extrema, en el caso peruano, teñido de la irracionalidad al tiempo moderna y arcaica adherida a la existencia de Sendero Luminoso, se ha dado paso a una pluralización de la visión. Trabajos de alta calidad se han concentrado en los casos de México —en las plumas de Luis Hernández Navarro, Jorge Puma o Ricardo Fuentes— y Colombia —con Miguel Ángel Urrego, Frank Molano o Héctor Hernán Díaz— y, aunque falta mucho por configurar en espacios como las guerrillas centroamericanas (particularmente la salvadoreña), es claro que se ha avanzado en la construcción de un mapa más detallado, que contempla las dimensiones nacionales y transnacionales.

En el caso argentino, si bien la historia intelectual y de la recepción había avanzado sustancialmente en las visiones que vinculaban la impronta francesa —de cuño althusseriano— y su recepción en algunos intelectuales —siendo la recopilación hecha por Marcelo Starcenbaum sobre Mauricio Malamud un ejemplo patente— el trabajo de Rugar viene a colocar piezas faltantes de un rompecabezas que no para de crecer. Y quizá no haya mejor expresión que la de rompecabezas, pues efectivamente el estudio del maoísmo en casos específicos contribuye a desequilibrar las certezas de estudio a propósito de las ideologías y de las concepciones estratégicas de las izquierdas.

Una corriente triunfante en un gigantesco país, atrasado económicamente, se alzó como la brújula por medio de la cual miles de personas se sintieron convocadas en geografías y contextos distintos. El conflicto sino-soviético contribuyó a complicar más la comprensión, pues al final, aunque comunistas ambos, respondían a visiones encontradas. Los giros posteriores al conflicto con los soviéticos, en los que China se acerca a Estados Unidos, y la forma en que jugó la diplomacia, terminan de completar la dificultad de un fenómeno, que, visto tras la caída de la URSS y el ascenso de China, parecen conformar un sentido de ascenso imparable. Pero, ¿cómo fue recibido todo ello en su momento? ¿Se configuró una cultura política de izquierdas autónoma —y confrontada— del entramado soviético tan persistente desde 1917 y hasta 1989? ¿Eran los maoístas unos especialistas en China o dicha corriente solo fue una manera de pronunciarse de manera específica sobre su realidad?

Rupar realiza una exhaustiva investigación en la que cual establece las principales señas de identidad del debate político de las izquierdas globales. Comienza marcando los orígenes de la disputa chino-soviética, sus momentos de intensidad y los principales articuladores que llevaron a que las dos naciones, hasta mediados de la década de 1950 firmes aliadas, se convirtieran en acérrimas enemigas. Se trata de un capítulo informativo que se basa sobre un océano bibliográfico del cual la autora saca un buen provecho.

Rupar continúa con la caracterización de la izquierda argentina en el periodo que va del inicio de la desestalinización al golpe de Estado de 1976. Dicho ejercicio parte de una revisión sobre los conflictos, debates y juicios que tienen los actores a propósito de la lucha de clases y la búsqueda por el poder. Se detiene a analizar el derrotero de dos organizaciones con significación histórica particular, el Partido Socialista y el Partido Comunista, y la manera en que enfrentan un escenario novedoso, marcado por la reconfiguración de las fuerzas nacionales.

El tercer capítulo es ya, con propiedad, el acercamiento a las experiencias pro-chinas. No lo hace, en primera instancia, a través de organizaciones, pues estas aun no se forjan, sino de la reiterada búsqueda de vínculos de lo que se denominó la “Diplomacia de los pueblos”. Cronológica y conceptualmente, este era el paso más adecuado. Aquí la historiadora muestra sus mejores cartas, al exponer originalmente el contenido de aquel concepto y mostrar cómo es posible operacionali-

zarlo en el marco de la actividad de un conjunto de fuerzas de izquierda que comenzaba a exceder los marcos organizativos tradicionales. El viaje político, en tanto fenómeno social, se convierte en un instrumento de comunicación y mediación ideológica. Se trata sin duda de un capítulo muy importante, que dialoga con una creciente bibliografía que apuntala este ejercicio de desplazamiento a partir de diarios, entrevistas e intervenciones en la esfera pública de la época.

El cuarto capítulo toma la sintonía de la bibliografía que se aboca, con propiedad, a estudiar el maoísmo en tanto fenómeno particular. Se trata de la conversión de una seña de identidad ideológica, que, con la suficiente capacidad de abstracción, se vuelve un elemento que interpela a sujetos diferenciados. Aunque la distancia geográfica, social, ideológica con China es enorme, se construyeron los elementos necesarios para la aparición de organizaciones como Vanguardia Comunista, el Partido Comunista Revolucionario, el Partido Comunista Marxista Leninista y el Partido Comunista Maoísta. La autora aquilata su peso, su capacidad de acción, el conjunto de sus caracterizaciones y concepciones, así como su influencia.

El último capítulo muestra las ramificaciones diversas que tuvo el maoísmo en la cultura política, a través de construcciones organizativas aparentemente antagónicas, de esfuerzos editoriales y de construcciones culturales de gran calado. A partir de conceptos, revistas y autores varios, Rugar muestra que el maoísmo es un concepto que queda relativamente corto frente al impacto multidimensional de la revolución china. Se trata de un capítulo de cierre que dialoga con un entramado intelectual que ha tomado ramificaciones varias, como la historia intelectual, la historia de los impresos y el clásico vínculo entre literatura y política.

El libro, en su conjunto, puede celebrarse, pues marca el inicio de una construcción más sólida de los estudiosos del maoísmo en la Argentina. Contribuye, además, a potenciar los ejercicios comparativos con experiencias en el mismo continente, en cuyo caso, se podría seguir un derrotero similar: el proceso de “diplomacia de los pueblos” con el viaje como mecanismo fundamental; la ruptura de las fronteras partidarias; el diálogo-confrontación con otras izquierdas no comunistas —nacionalismo, troskismo— y, finalmente, el cierre de una época que, aunque dejó de ondear banderas rojas, no abandonó del todo métodos de trabajo.

Rugar, con fineza, coloca un andamio que, estoy seguro, a la postre nos permitirá comprender de manera más profunda y matizada el trayecto de una ideología que pasó de los márgenes del sistema-mundo a su centro.